



Por César Alcalá
CAGDC@telefonica.net

CASTILLOS HISTORIAS Y TRADICIONES



ANÉCDOTAS DE LA GUERRA

La historia en general se explica a través de los grandes acontecimientos que han sucedido. Un ejemplo claro son las guerras. Uno escribe sobre acciones bélicas y se olvida que en toda guerra siempre hay una pequeña historia que forma parte de la cotidianidad, y que está intrínsecamente ligada a la gran historia. Este hecho también ocurrió durante la guerra civil española. La historia oral de los que la vivieron forma parte de aquella gran guerra que ocurrió hace setenta y un años. Hoy quedan pocos con vida y muchas de aquellas anécdotas se han perdido para siempre. Por suerte algunas han sobrevivido y pueden ser contadas a las futuras generaciones y a los lectores del Vallès. Así pues, desgranemos la historia y centrémonos en las anécdotas.

- En Granollers se produjo el caso de un empresario que, antes de la guerra civil, le dejó dinero a uno de sus trabajadores. Este se lo había pedido por problemas personales. El primero aceptó y el segundo estaba en deuda con su jefe. Al estallar la guerra fue este trabajador el que delató a su jefe. Fue con la patrulla de control pertinente y asistió a su asesinato. La deuda estaba zanjada.

- Se dio el hecho de que dentro del anarquismo imperante, los soldados hacían lo que querían. Algunos, luchando en el frente de Lérida, abandonaban su puesto para regresar a casa, pasar unos días con la familia, y regresar de nuevo al frente. Para muchos la guerra fue un juego.

- Cuando se abrieron las cárceles se liberó a todas las personas que en ellas había. En ellas estaban encerradas personas de toda índole y calaña. Desde vulgares chorizos a criminales. A todos ellos se les entregó un fusil para que lucharan por la causa republicana. Evidentemente estas personas, en su mayor parte analfabetas y con malos instintos, hicieron lo que sabían hacer. Esto es, robar y asesinar.

- En el frente se dieron hechos curiosos. El bando republicano estaba bien surtido de tabaco procedente de Inglaterra. Por su parte el nacional disponía de cajetillas de papel. Ninguno de los dos podía fumar. Así que en determinadas ocasiones ambos bandos se ponían de acuerdo. Quedaban dos representantes de ambos bandos en un punto intermedio y se intercambiaban los productos. Aquella noche, tras la tregua, ambos bandos podían fumar. Al día siguiente la cruda realidad se imponía y los disparos resonaban, de nuevo, en las trincheras.



Recital de la Orquesta dirigida por el Maestro Ruera.

- En Manlleu un grupo de personas iban montadas en coche dirección en Barcelona. Entre Manlleu y Vic vieron cuatro cadáveres tendidos en el suelo. Estos cadáveres sobresalían de la cuneta. Uno de los que iban en aquel coche le dijo al conductor: "Pásales por encima, a ver si los dejas planchados". Otro de los ocupantes del vehículo al ver que el conductor, inconscientemente le hacía caso a aquel depravado, dio un golpe de volante y apartó el coche de la trayectoria iniciada. Aquella intervención impidió una acción cruel contra los cuerpos ya torturados de cuatro inocentes.

- En uno de los múltiples registros realizados en Cataluña durante esos años, un ciudadano tenía escondida en casa una imagen de la Virgen del Pilar, la cual sacaba en procesión por Semana Santa. Al tener miedo que la descubrieran, la escondió dentro de una vieja caja y la recubrió con trapos. Pensaba que de esta manera los milicianos no la encontrarían. Durante el registro uno de ellos miró la caja pero la dejó, sin darle la más mínima importancia. El propietario de la imagen respiró tranquilo. Poco antes de marcharse los milicianos de su casa, aquel que había mirado la caja le dijo: "Vete con cuidado la próxima vez que escondas a la Pilarica. Te has salvado porque soy maño. Si llega a ser otro el que mira dentro de la caja, te habiéramos asesinado". En conclusión, por muy contrario que uno sea a las ideas religiosas, y aquellos milicianos demostraron estar a años luz de la verdad, la Virgen del Pilar estaba por encima de cualquier guerra.

- José Calvet Mulet, fue detenido el día 28 de abril de 1938 por una patrulla de soldados de Lister, en virtud de una delación del limpiabotas Tomás Breva —ya sancionado por la Justicia— y conducido a presencia del Comandante del puesto. El Sr. Calvet, como tantos otros márti-

res detenidos aquellos días, por la rabia e impotencia de los republicanos de no poder resistir el empuje de los nacionales que pocos días antes habían llegado al margen derecho del Ebro, sufrió los atropellos de Lister que había acampado en el delta izquierdo y montañas de este término. Noche tras noche presenció el Sr. Calvet los fusilamientos de sus compañeros de cautiverio, hasta que le correspondió correr la misma infortunada suerte.

- Los brutos a las órdenes de Lister tenían la costumbre de atar con cuerdas o alambres a sus

víctimas antes de sacrificarlas. Para atar al Sr. Calvet escogieron el alambre. El canalla que lo ató lo hizo tan fuertemente, que nuestro mártir no pudo reprimir una queja:

- Que me hace Vd. daño, le dijo.

Al asesino le sentó mal la protesta. Cogió una afilada hacha y de un tajo le cortó, por las muñecas, las dos manos.

Y contestó burlescamente:

- Ahora ya no te harán más daño tus manos fascistas.

No contento con esta villanía, el cafre sacó a nuestro mártir al jardín de un chalet de la carretera Simpática y le disparó varios tiros en la cabeza.

- Los milicianos fueron a buscar al sacerdote de Piera, subiéndolo a un coche fantasma, junto a un crucifijo de la iglesia. Llegados a un descampado, los milicianos sacaron la corona de espinas de la imagen, clavándosela al reverendo en la cabeza. Acto seguido le dispararon en las manos y en los pies, imitando las llagas de Jesucristo. Uno de los milicianos tuvo compasión por el calvario que estaba sufriendo aquel pobre sacerdote y pidió clemencia a sus compañeros. Estos no tuvieron escrúpulos en asesinarlo junto con el reverendo.

- Un grupo de milicianos fue a buscar al Reverendo Tusquets. Él, conocedor de que podía ser detenido, se vistió con una bata de trabajo, agarró un plumero y recibió a sus verdugos, fingiendo que estaba sacando el polvo de la escalera donde se había refugiado. Al preguntarle un miliciano si era el reverendo Tusquets, éste respondió que no. Añadiendo: "no conozco personalmente a ese señor. Ahora bien, me han comentado que es una persona muy espabilada". Los milicianos se creyeron aquellas palabras, dejándolo en paz, mientras continuaba sacando el polvo de la escalera.